

Mamá no para de agitar los brazos. Los mueve a gran velocidad y haciendo mil cosas a la vez. Igual dobla ropa, que bate huevos, que pasa la fregona o me frota con jabón detrás de las orejas. Y aún puede ocuparse de pasar el paño del polvo por encima de los muebles y quitar la tierra de los cristales para que las visitas no critiquen la falta de higiene. Además se trae trabajo a casa de la oficina y si no te hace caso a la primera es porque lleva los cascos puestos y está memorizando el discurso del siguiente día. Por eso, el día que llegó a casa Tuli se lo dije, lo que de mamá se movía mucho por la casa y aparecía de improviso pero que jamás se asustase porque era más buena que el pan y su manos no iban a hacerle daño. Le avisé porque mi perrita era tímida y mamá no se anda con contemplaciones cuando va justa de tiempo, te da la vuelta para ver si todo está en orden sin pedirte permiso y te abrillanta los zapatos mientras tú avanzas por el pasillo así que Tuli no iba a librarse de la toalla frotándole las almohadillas de los pies para limpiar la tierra escondida entre los dedos, ni de el cepillado para descargar los pelos negros en la basura y no por encima de los sillones. Yo, a veces, cuando tenía demasiadas tareas por hacer, pensaba en mamá y en cómo llegaba ella a todas partes. Pero después me decía que mamá tenía poderes sobrenaturales, como el inspector Ganster de mis tebeos al que le salían brazos añadidos a lo largo del cuerpo según necesitaba. Con mamá uno podía jugar a las adivinanzas sin que ni siquiera formulara el enunciado, pues tan pronto sonaba la batidora en la cocina, como el aspirador en el baño, como un zis zas fuerte al sacudir la ropa antes de tenderla para desarrugar los pantalones antes de tenderlos.

Mientras mamá hacía todas esas cosas, papá se levantaba despacio, se pasaba casi una hora dentro del baño retocándose el pelo, apurando la barba con la maquinilla, frotándose despacio con jabón bajo la ducha, secándose el pelo con parsimonia y exigiendo al salir toda la ropa amontonada en orden justo para ir poniéndosela sin dejarse ninguna. Al mediodía papá no venía a comer porque decía que tenía mucho trabajo por hacer. Mamá a veces repetía esa frase: mucho trabajo por hacer, mucho trabajo por hacer... con un tono entre infantil y enfadado, entre cursi y cabreado, entre burlón y de agotamiento. Pero allí quedaba la cosa. O al menos, a mí me lo parecía. Por las noches, cuando llegaba papá, mamá ya había arreglado la casa para el siguiente día, tenía la cena caliente en el plato de papá, se había ocupado de calentarle las zapatillas y el pijama y el albornoz para que no tuviera frío al ponerse ropa más cómoda. Le había subrayado en una revista los partidos de fútbol de la jornada y los programas preferidos. Le dejaba el mando como si fuera la batuta de un director de orquesta y no se le ocurría decirle que si le ayudaba porque la respuesta de papá era siempre la misma: "habiendo una mujer en casa me voy a poner yo a mariconear"

Yo no tenía ni idea que significaba esa palabra así que la anoté en el cuaderno de clase para preguntársela a la señorita, aun a riesgo de llevarme una colleja, pues en el diccionario

escolar no venía y para acceder a uno de esos gruesos de los mayores teníamos que pedir permiso.

La señorita me preguntó el contexto de la oración. Decía que hay palabras que poseen múltiples significados y que para llegar a saber cual es el correcto, uno debe saber las palabras que van delante y detrás de la que no comprendemos del todo. Por eso yo le repetí la frase de papá, de la forma más inocente. Para mí papá era lo más grande y jamás se equivocaba. Pero la señorita no opinaba lo mismo. Nos habló de la igualdad, del reparto de tareas y de que nosotros, los chicos, teníamos que poner la mesa, lavar platos, tender ropa y limpiar con detergente el baño. Que no había nada de malo en ponerse un delantal y mezclar la comida en las cazuelas, como solíamos hacer en las actividades extraescolares. Yo habría jurado que por lo bajo había dicho “machista” pero tampoco sabía el significado y volver a preguntar el mismo día dos palabras difíciles, era tentar demasiado a la suerte porque la señorita quería avanzar materia del libro y mis interrupciones la fastidiaban mucho. Y sobre todo porque hasta Inés, esa niña que a mí me sacaba los colores de la cara de puro guapa que era, me había mirado como se mira a las moscas un instante antes de aplastarlas con la suela de la zapatilla. Ese día Inés me dio un par de empujones y no quiso jugar al fútbol conmigo durante el recreo, ni a encestar en la canasta, ni a saltar las vallas. Y yo regresé a casa mucho más mustio que de costumbre. Por más que Tuli se empeñaba en animarme y en hacerme jugar para que se me olvidara el disgusto, yo seguía enfurruñado. Hasta mamá se paró en seco en el pasillo, con un cesto enorme de ropa en una mano y el mango de escoba en la otra y me preguntó:

-¿Se puede saber lo que te pasa?

Rara vez a mamá se le ocurría preguntar. Y como yo sabía que para ella el tiempo era oro y que no merecía la pena hacerse el remolón, contesté lo más rápido que pude antes de que a mamá se le agotara el tiempo que parecía haber parado de golpe para dedicármelo nada menos que a mí.

-Pues que me gusta Inés y se ha cabreado conmigo.

-¿Y por qué? Porque algo le habrás hecho o dicho antes de que se enfadara.

No me quedaba más remedio que contarle a mamá todo desde el principio. Había dejado el cubo en el suelo, había aparcado la escoba y se había sentado en mitad del pasillo, con las piernas estiradas y me había colocado en medio de su regazo. Ni me acordaba cuando había sido la última vez que mamá había estado tan protectora y cariñosa conmigo.

-Ni me había dado cuenta lo rápido que estás creciendo –me dijo.

Después de hablarle de la frase de papá, le pregunté a mamá si ella sabía lo que significaba “machista” y que además, no había contexto alguno en la frase porque la señorita la había soltado sola, viuda y con tanto misterio por el tono bajito que a lo mejor era un insulto.

Mamá estaba triste. Le vi las bolsas del cansancio bajo los ojos y el brillo de haber llorado. Era como si esas pilas alcalinas con las que se levantaba todos los días, de repente se le hubieran gastado y no hubiera encontrado otras de repuesto en toda la ciudad. Mamá me habló

de la diferencia de ser hombre o mujer, me recordó la cantidad de cosas que hacía ella al final del día y lo agotada que estaba. Me pidió disculpas por no ser capaz de llegar a más y no haberme atendido. Me dijo que si Inés había reaccionado así era porque tampoco le gustaba lo que veía en su casa y que me imaginaba a mí como a papá, exigiendo las zapatillas, protestando por la comida y viendo tranquilamente la televisión desde el sofá sin poner los platos en la mesa y sin recoger una miga del suelo. Yo me quedé muy callado. Después le dije a mamá como funcionaban las cosas en el colegio, lo de las listas por turnos para atender el comedor, para mantener limpio el vestuario, para recoger el material del gimnasio... Le dije que en casa podíamos hacer lo mismo, una lista con todas las cosas que había que hacer. Limpiar los baños, el suelo, los cristales. Lavar la ropa y plancharla. Poner y recoger la mesa. Hacer la lista de la compra, ir al supermercado, subirla a casa y ordenarla en los armarios. Hacer la comida. Fregar los platos. Ver la televisión. Jugar. Leer una revista. Usar el ordenador para el trabajo. Abrillantar los zapatos. Sacar a Tuli tres veces por día. Salir todos juntos a pasear por el parque. Tomar un refresco tranquilamente en la terraza de un bar. Hablar de cómo nos había ido el día. Contar que Inés metía los mejores goles del mundo. Mientras yo le ayudaba a escribir todo eso en una gran hoja de papel, mamá lloraba en silencio porque le parecía que era el primer paso para cambiar su vida. Me miraba como si de repente le pareciera un adulto en miniatura, pero me dejó hacer. Después cogí una regla para dividir otra hoja por días de la semana y con tres columnas. A mamá le pareció bien. Si estábamos tres en casa, era justo que todos colaboráramos a partes iguales. Lo más difícil era como colocar las tareas debajo de cada nombre y como llevábamos mucho rato sin ponernos de acuerdo, yo le propuse a mamá que lo mejor era hacer un sorteo y como tocaran. Fabricué varias pelotas con las cosas por hacer, las metí en una ensaladera y le dije a mamá que sacara una. Ponía fregar los platos y se lo asignamos los lunes a papá y de nuevo tres días más tarde, cuando mamá los hubiera fregado el martes y yo el miércoles. Después salió lo de la colada, lo de la compra, lo del suelo y así hasta agotar todas las pelotitas de papel. Colgamos las normas en el pasillo, que era el lugar más visible de la casa y aguardamos a que llegara papá de su trabajo. Mamá no le había calentado las zapatillas, ni le había puesto el pijama unos minutos sobre el radiador para quitarle el frío. Tampoco le había dejado el mando de la televisión al alcance de su mano, ni tenía puesta la cena caliente en el plato. Tanto cambio súbito lo alertó de golpe pero después tomó asiento para enfrentarse a lo peor. Mamá me dejó que fuera yo quien llevara la voz cantante. Le hablé de la bronca con la señorita por el significado de sus palabras, de que Inés no quería jugar conmigo al fútbol porque me imaginaba igual de comodón que él. Después le enseñé a papá la enorme lista de cosas que había que hacer en casa, ninguna de las cuales hacía él cuando llegaba por las noches. Y lo llevé de la mano hasta el enorme panel que había colgado en el pasillo.

-Mira papá, desde el lunes estas son las normas. Cada uno tiene asignadas las tareas que le tocan. Mamá sola no puede. Y como somos tres, si nos lo repartimos, aún nos dará tiempo para pasear y tomar algún refresco tranquilamente los domingos.

Papá refunfuñó al principio. Aquello no le parecía pero que nada bien. De repente había perdido todos los privilegios. Yo aguardé al lunes. Y le recordé las normas con la autoridad de un niño. Lo reté a competir para ver quién terminaba primero y lo invité a que se dejara ayudar o me ayudara dependiendo de quién acababa antes. Al final de la semana hasta parecía divertirse. Mamá tenía mejor aspecto y sonreía más. Tuli dejó de gruñir por lo bajo y se sumaba a la fiesta ilusionada.

Pocas semanas después escuché a papá hablar con mamá entre susurros. Parecían tener una de esas conversaciones serias de mayores así que me descalcé y los espié desde el fondo del pasillo. Papá decía que había sido muy egoísta al cargarle todo el trabajo a mamá y mamá se excusaba diciendo que no había sabido delegar. Ambos coincidían en que había sido una suerte que yo les hubiera abierto los ojos de esa manera. La señorita aguardó a finales del trimestre para encargarnos una redacción sobre el trabajo de nuestras madres. Yo hablé del trabajo de mi madre salvando vidas en el hospital, de las veces que salía de casa por una urgencia a altas horas de la madrugada, de cómo se ocupaba de supervisar mis deberes, de preguntarme como había ido el día. Pero sobre todo, hablé de nuestra vida en familia y del reparto de tareas para que todos pudiéramos tener nuestro tiempo libre. Fue entonces cuando Inés se echó las dos coletas hacia la espalda y me dio un beso en la boca, sin que ni siquiera la señorita se atreviera a regañarla. Si ella podía hacer cosas de chicos ¿cómo no iba a poder meter yo las manos en el harina para hacer bizcochos o dentro del agua con jabón para limpiar los restos de la comida? No era justo que mientras uno descansaba en su rato de ocio, otro tuviera que cargar con todas las faenas y, desde que en casa estaba la lista en el pasillo, todo funcionaba mucho mejor. Hasta papá y mamá se daban más besos. Por eso le he dicho a Tuli que mamá ha dejado de tener brazos mágicos pues ya no los agita como antes. Ahora los usa para dar los mejores abrazos del mundo.